



Ariel Dorfman  
**Allende y el museo  
del suicidio**  
Una historia de amor y muerte



Galaxia Gutenberg

ARIEL DORFMAN

# Allende y el museo del suicidio

Una memoria de amor y muerte

Galaxia Gutenberg

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2023

© Ariel Dorfman, 2023  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona  
Depósito legal: B 40-2023  
ISBN: 978-84-19738-00-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Gracias, Angélica.  
Sin ti, en mi vida y en mi literatura,  
en mi realidad y en mi ficción,  
estas memorias no hubieran sido posibles*

El abogado, un hombre grande y gordo con cejas amarillas y una papada flácida, reflexionó un rato y dijo: «He leído decenas de cartas de suicidas, pero ninguna de ellas dijo la verdad».

ISAAC BASHEVIS SINGER

Épica, historia, poesía, ensayo, periodismo, memorias: esos son algunos de los géneros literarios que la novela ha fagocitado a lo largo de su historia.

JAVIER CERCAS

Sigan ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde de nuevo abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor.

Últimas palabras del  
presidente chileno SALVADOR ALLENDE  
antes de morir el 11 de septiembre de 1973

Las novelas surgen de las deficiencias de la historia.

NOVALIS

Todos los personajes de esta novela son ficticios, incluidos aquellos que, como el autor y su familia y amigos, están tomados de la vida real y existen en forma fehaciente e histórica. Algunos de los nombres de los seres reales han sido cambiados para proteger su privacidad.

Primera parte  
COMIENZOS

## Uno

Debería haber adivinado que Joseph Hortha iba a causarme un vendaval de problemas apenas entró con su sonrisa mágica y esquiva a la exorbitante sala de desayunos del hotel Hays Adams en Washington DC aquel día primaveral de 1983, incluso debería haberlo maliciado antes de ese primer encuentro.

Me lo había advertido mi mujer, que no le tuviera confianza a un multimillonario tan enigmático, que no sabíamos qué cosas oscuras había hecho para acumular aquella fortuna tan desmesurada, pero no le hice caso, seguí viento en popa, ráfaga en popa, me dejé encantar, casi podría decirse que embrujar desde el inicio, de manera que cuando nos cruzamos por segunda vez siete años más tarde y me planteó que colaborara en lo que resultó ser una aventura delirante, no fui capaz de responderle que lo sentía, que no, que ya tengo demasiado estrés en mi vida, gracias, pero no, búscate a otro ingenuo. De haber tenido menos dificultades financieras mi respuesta hubiera sido tal vez diferente o tal vez si hubiera estado menos obsesionado con el misterio que Hortha quería resolver, el asesinato que quería que algún chileno investigara. O, por ahí, otra posibilidad, otro tipo de tal vez: tal vez si hubiera sabido antes acerca del Museo del Suicidio y el intento inverosímil de Hortha de salvar el planeta, entonces yo...

Pero para qué seguir con tantos tal veces que se repiten en mi vida, tal vez esto, tal vez aquello, cuando nada de eso importa ahora. Ahora que han transcurrido los treinta años durante los cuales –según mi juramento– no podía contar esta historia que es la historia de Hortha y la historia de sus muchos secretos y, por supuesto, mi propia historia y mis propios secretos, ahora



que finalmente el plazo ha vencido y me estoy forzando a transcribir los acontecimientos que me cambiarían irremediablemente la vida, lo único que importa es dónde comenzar, precisar el momento en que todo comenzó.

A veces rastreo las razones que me llevaron a secundar a Hortha en su misión hasta mi propia existencia precaria, el día en que sobreviví a la muerte en Santiago durante el golpe de Estado de 1973 o el día unos meses más tarde cuando partí al exilio, busco ahí el origen de mi aceptación de los términos que propuso ese billonario. En otras ocasiones creo que nada de esto tiene que ver conmigo, que si Hortha no me hubiera escogido, de todos modos esta intriga de asesinato o de suicidio habría sido contada, necesitaba ser contada con tanta avidéz que habría encontrado su camino en el mundo independientemente de quién fuera su mensajero, porque es probable que esta historia se echó a andar muchas décadas antes de que Hortha o yo naciéramos, se puso en marcha de una manera quizás inexorable aquella mañana de 1908 cuando la madre de Salvador Allende dio a luz al niño que estaba destinado a convertirse en presidente de Chile, tal vez ya destinado a morir en el Palacio Presidencial de Santiago. Pero estoy atrapado de nuevo en la encrucijada del quizás, del tal vez esto y tal vez aquello, y lo que conviene, en medio de tamaña incertidumbre, es empezar con ese primer encuentro mío con Hortha en 1983.

En definitiva, es muy simple: yo necesitaba dinero y él lo tenía en abundancia, tanto que no sabía en qué gastarlo. No le conocía siquiera la cara a ese hombre, era de esos magnates ermitaños que prefieren permanecer sin rostro o imágenes en la prensa, operando su negocio y sus organizaciones benéficas desde las sombras, hasta el punto de que a veces llegaba a dudar de que existiera o incluso si Ronald Karlson (como se decía llamar) era su nombre verdadero, pero nada de ello pesaba en mí. Pedí su auxilio porque él había contribuido a la causa de Chile y su resistencia contra el régimen militar del general Augusto Pinochet, había enviado cheques para pagar casas de seguridad y sindicatos clandestinos y revistas estudiantiles supuestamente dedicadas a deportes y chismes, pero en realidad artificios para

organizar un movimiento juvenil. Y también había ofrecido ayuda a los artistas, mi proyecto favorito, subsidiar a escritores y pintores, músicos y actores para que, en lugar de marcharse, como yo, del país, pudieran quedarse y dar testimonio de la lucha, la esperanza, el terror.

Era natural, por ende, que contactara a Ronald Karlson cuando, en abril de 1983, busqué financiamiento para una travesura literaria anti-Pinochetista que estaba emprendiendo. En mi defensa, cabe señalar que me acerqué a él con escasas ganas. Desde que salí de Chile me había convertido en un experto en solicitar fondos para otros, pero nunca para mi propio beneficio, a pesar de la inestabilidad de nuestra situación familiar en esos tiempos en que vagábamos de país en país como auténticos apátridas. Por primera vez planifiqué algo que iba a favorecerme personalmente, pero como también afectaría a la opinión pública y a políticos influyentes, me convencí de la pureza –o, por lo menos, de la semipureza– de mis intenciones, y contacté a Pilar Santana, la asistente del filántropo, para solicitar una reunión con su jefe.

Mis conversaciones con ella siempre habían transcurrido en castellano, que ella hablaba a la perfección, pero en esta ocasión decidí dejar mi mensaje en inglés, el idioma que había adquirido en mi infancia en Nueva York y con el que pensaba impresionar al huidizo señor Karlson, aunque debo admitir que no tenía muchas esperanzas de que accediera a encontrarse conmigo ni menos que la respuesta fuera rápida.

Al día siguiente, sin embargo, Pilar Santana me devolvió la llamada, rehuyendo, eso sí, el inglés y retornando al castellano habitual.

–Clarifiquemos –dijo, con un acento madrileño envidiable–. Esta reunión, ¿la requieres por razones privadas o políticas?

Me desconcertó la pregunta. ¿Cómo había adivinado que esta vez iba a pedir fondos para mí y no para la causa? Y lanzarme esa interrogante así, tan bruscamente, a boca de jarro, pero aquella franqueza se mitigaba, pensé, con algo acogedor en su garganta, casi como si ronroneara cada sílaba, y recordé que me había gustado esa voz durante el breve lapso de pláticas anterior-

res, así que preferí valorar su curiosidad. Era alentador que hubiera respondido con tanta prontitud y, en vista de que era yo el que pedía ayuda, ¿no estaba en su perfecto derecho de desentrañar mis motivos?

—Ambas —respondí—. Razones privadas y también de orden político. Lo que puedo garantizar es que el señor Karlson encontrará mi propuesta intrigante —con la esperanza de que eso concitaría el interés del inasible billonario.

Se tragó el anzuelo.

Dos días después, Pilar me informaba que el señor Karlson se encontraría el próximo fin de semana en Washington y que me esperaba el domingo para un *brunch* en el Hays Adams, exactamente a las doce en punto. Recuerdo ahora esa palabra, *exactamente*, que me recordaba mi condición mendicante, alguien que debía observar obsequiosamente reglas de puntualidad.

Llegué a esa sala suntuosa media hora antes de la cita, dejándome conducir hasta una mesa privilegiada con una vista espectacular de la Casa Blanca por un *maître*, ciertamente más elegantemente vestido que yo, a pesar de que mi esposa había extraído de mi escuálido armario expatriado el único atuendo que lucía algún refinamiento, murmurando que, independientemente de sus aprensiones sobre en qué lío me estaba metiendo, quería que luciera lo mejor posible.

La mesa, puesta para dos, estaba lo suficientemente junto al pianista de esmoquin para que pudiera escuchar con claridad el tintineo sugerente de *Acércate más y más*, pero lo suficientemente lejos como para que cuando se acercara, en efecto, este hombre al que no conocía, nada me distrajera de nuestro *tête-à-tête*. Y había distracciones de sobra: un caudal de conversaciones que zumbaban en esa agitada sala de desayunos, y damas con extravagantes sombreros dominicales e idolatría en los ojos, que se inclinaban hacia sus escoltas varoniles que, a su vez, fingían prestar atención mientras hacían lo imposible para curiosear lo que un par de prominentes senadores en una mesa vecina estaban discutiendo.

Puede que haya sido un error llegar tan temprano. Mientras pasaban los minutos, crecía la sensación de que alguien como yo

desentonaba en esa guarida de poder, riqueza y tradición, un hombre sin país, sin trabajo, sin seguro de salud, que se ganaba la vida con artículos ocasionales y traducciones insignificantes y exiguos dividendos de libros que se vendían mal, alguien que todavía no había conseguido un permiso de residencia en Estados Unidos. Y mi nerviosismo –llegué a aferrarme a mi maletín como si fuera un salvavidas– se multiplicaba por las dudas sobre el proyecto que estaba a punto de presentar a Karlson, el temor de que podría haber oído rumores sobre mi conducta que lo llevaría a desestimar cualquier petición de ayuda. Era el tipo de persona, supuse, que antes de aceptar juntarse conmigo, reuniría toneladas de pruebas, probablemente a través de la súper eficiente Pilar, que sin duda habría descubierto que yo era confiable y dedicado a la causa de la libertad en mi país y más allá, pero también con una tendencia a llevar a cabo iniciativas, digamos, estrafalarias.

Tal vez ella se había enterado de que, en 1975, acompañado de mi escéptica esposa, había viajado a Suecia para pedirle a su primer ministro, Olof Palme –un contacto hecho por García Márquez–, que le prestara a la Resistencia chilena un barco para que nuestros artistas exiliados navegaran a Valparaíso para exigir estridentemente permiso para regresar al país. ¿Acaso Pilar sabía la respuesta suave y franca y sumamente escandinava de Palme, que el plan le parecía descabellado y peligroso, arriesgando, en forma irresponsable, la vida de los embajadores más vocales de la Resistencia? ¿Y no era posible que la tal Pilar también hubiera descubierto que se me había ocurrido, pocos años después de ese fiasco, sugerirle a un industrial belga de izquierda que financiara una campaña para que los chilenos patriotas, dentro y fuera del país, guardaran un minuto de silencio, todos en el mismo preciso instante, a las 13.50 hora chilena, cuando Allende había sido asesinado defendiendo la democracia? Mi idea era que si todos imaginábamos simultáneamente una Tierra sin Pinochet, el general se derretiría bajo la plegaria y fuerza mental común de millones, una tesis que provocó la respuesta del belga que lo que se necesitaba para derrotar al fascismo era un levantamiento guerrillero contra los militares y para eso ha-

cía falta comprar ametralladoras, muchas ametralladoras. Claro que Karlson jamás había esgrimido la necesidad de ayudar con armas a la causa chilena, apoyando siempre movilizaciones no violentas, así que por ahí estaba de acuerdo con mi idea de que bastaba con que suficientes compatriotas desearan feroz y sincrónicamente, devota y pacíficamente, la caída del tirano para que desapareciera de una buena vez.

Temeroso de que Karlson hubiera descubierto mis correrías anteriores, alivié mi ansiedad examinando desde lejos el bufet del *brunch* y sus abundantes exquisiteces, conteniendo las ganas de servirme algo antes de que arribara mi anfitrión. Angélica, notando que me había saltado mi habitual desayuno de avena y fruta, me había recordado esta misma mañana que esta reunión no se había organizado para alimentar mi gula inconmensurable, sino con el fin de extraer del magnate los dólares requeridos para mi próxima campaña.

Aunque, ¿qué más daba si exploraba aquellas golosinas? Y si llegara a servirme algún manjarcito particularmente apetecible, bueno... Ese paso en falso se evitó cuando, en el momento mismo que comencé a deslizarme hacia esa fiesta de delicias, espí a una mujer esbelta mirándome sosegadamente desde el otro lado del comedor. Movié su cabeza imperceptiblemente hacia un lado, una, dos veces, una insinuación de que me convendría retornar a mi asiento. Tenía que ser Pilar Santana, comprobando que todo estaba en orden antes de que su jefe descendiera de su nube multimillonaria.

Si no volví inmediatamente a la relativa seguridad de la mesa fue debido a la fuerza magnética de esa mujer. No era algún rasgo en particular lo que me atraía, nada que pudiera calificarse de espectacular o especialmente sensual en los senos y las caderas o la piel color de olivo. Unos labios sin rouge, unos ojos marrones-avellana comunes y corrientes, ese cabello negro que colgaba descuidadamente hacia un cuello un tanto insignificante, nada excepcional si no hubiera sido por un aura de mando que exhaló esa mujer. Dominaba su propio cuerpo, dominaba sus deseos, dominaba sus circunstancias, estaba yo en presencia de alguien que era bueno tener a tu diestra en caso de peligro, ella

podría olfatear ese peligro antes de que te descoyuntara, una mujer que definitivamente no querrías como enemiga. No era la asistente de Karlson, como había supuesto, sino su amante, me di cuenta, mientras retrocedía hacia atrás, paso a paso, y la bebía como una poción o un lago sin fin, amante y también guardiana de ese hombre y, por razones que aún no había comprendido, dispuesta a ser mi aliada y hasta mi cómplice.

Sin quitarle todavía la mirada, me topé con la silla que había estado ocupando hace unos momentos cuando esperaba en ascuas al magnate que, si todo marchaba bien, iba a intervenir benévolutamente en mi vida. Y en efecto, casi de inmediato, hizo su aparición, avanzando hacia mí con una sonrisa ancha y una mano extendida, con la que me apretó firmemente la mía, gesticulando con la otra que me sentara, qué gusto, qué honor, en absoluto como me había imaginado a este individuo intensamente retraído. Me sentí encantado, impresionado por su amabilidad y cortesía y más todavía cuando me agradeció que hallara el tiempo para juntarnos, «*So good of you to have made the time*», dijo, haciendo un gesto gentil, sin un dejo de imperiosidad, hacia un garzón que revoloteaba en las cercanías con una botella de Moët & Chandon probablemente enviado por Pilar Santana que, entretanto, se había acomodado en una pequeña mesa solitaria que orillaba el piano, absorta en anotar algo en una libreta de color carmesí.

Mi anfitrión siguió mi mirada, esperó que fijara la vista de nuevo en él y solamente entonces añadió, siempre en inglés:

–Quiero decir, tuviste que dejar a tu familia un domingo, debí haberlos incluido, estuve a punto de... Para otra vez será. María... Angélica, ¿no es cierto?, se llama tu esposa, María, ¿verdad?

–Prefiere que le digan Angélica. –Y como lo vi algo desconcertado ante esta información tan trivial, perplejo como un alumno al que pillaron haciendo mal las tareas, agregué–: Si bien, como tantas mujeres en Chile, también lleva el nombre de María. De hecho, aunque no es religiosa, celebra cada año el día de las Marías, el 12 de septiembre, le importa más ese día de su santa patrona que su propio cumpleaños.

–Bueno, ella debería estar aquí, junto con tus dos hijos, Rodrigo y... Joaquín, ¿no es cierto? Tu hijo menor, nacido en Ámsterdam como yo, una lástima que no hayan venido, pero si algo he aprendido es que es aconsejable no mezclar a nuestros seres queridos en los confusos asuntos de la política o de los negocios, así que... Pero, en todo caso, agradezco tu presencia.

–Oh, no, yo soy el que agradece esta oportunidad de...

–Agradécele a Allende –dijo, y su voz bajó a un susurro casi reverencial–. Salvador Allende –apuntó, como para asegurarse de que yo entendía que hablaba del presidente chileno muerto y no de algún otro mártir o héroe del mismo nombre–. El Chicho. Me salvó la vida. No una vez. Dos veces.

Me sorprendió esta revelación. No sólo que en todos estos años durante los cuales a Allende lo citaban, veneraban, ensalzaban, ningún extranjero había reivindicado una salvación tan dramática, sino que tampoco, ni en una sola ocasión, había oído a alguien que no fuera chileno referirse a nuestro presidente como Chicho, su apodo tan familiar y amigable. Venía de cómo se había llamado a sí mismo de niño, Salvadorcito, Salvadorchicho. Ese uso cariñoso se había popularizado, pasando de boca en boca, una forma de acercar al legendario político a quienes votaron por él, marcharon y trabajaron por su victoria, los que estábamos dispuestos –o eso decíamos– a morir en su defensa. Molesto ya por ese mote informal en boca de Karlson, me turbó además que sus palabras replicaran como un eco lo que me había repetido a mí mismo a menudo desde la muerte de Allende, que el difunto presidente chileno me había salvado la vida... dos veces. Si no me cayera bien ya ese hombre que conocía como Ronald Karlson, capaz de que hubiera dejado que me ganara una suerte de rabia, de esas que invaden a un propietario cuando le vulneran alguna posesión entrañable, resentir que una relación tan íntimamente mía hubiera sido usurpada por un forastero. En todo caso, mi anfritrion –fue la primera pero no la última vez que iba a maravillarme por su habilidad de leer mentes ajenas– había notado mi azoramiento, y en un santiamén me apretó el brazo amistosamente.

Y me habló en castellano.

—No, Ariel (y espero que nos podamos tutear), te lo digo en serio. Si no fuera por Allende y la victoria de la Unidad Popular, no estaría sentado aquí contigo, con ganas de ayudar en lo que pueda. —Me sonrió—. Ah, estás sorprendido de que hable la lengua de Cervantes, ¿eh?

—Hablas como un nativo —dije—. Casi.

—¿Casi? ¡Ja! Se lo diré a Pilar que cree que no tengo acento alguno. —Y dirigió el suave resplandor de sus ojos hacia su asistente o su amante o algo más indefinido, y yo torcí un poco el cuello y ahí estaba ella, todavía tomando notas, sin prestar atención al camarero que llenaba su copa con la misma botella con que nos había servido a nosotros. Sin levantar la mirada, sus dedos tocaron ligeramente la punta de la copa, justo antes de que la espuma llegara al borde.

Giré la cabeza hacia él.

—Como un nativo —repetí—, aunque uno criado en España y no en un país latinoamericano.

—Como la locuaz señorita Santana —dijo Karlson—. Aunque no fue ella quien me enseñó el idioma, por mucho que me haya ayudado a perfeccionar sus matices. No, esta habilidad específica se la debo a mi padre. Karl Hortha. Por eso me hago llamar Karlson. *The son of Karl*. El hijo de Karl.

—¿Karlson no es tu nombre?

—Karlson es sólo uno de los que suelo emplear para pasar desapercibido. Si prometes guardar el secreto, te revelo mi nombre verdadero.

—Si algo sé es guardar secretos —dije—. La mayoría de las personas con las que trabajo en Chile, y que has estado financiando con tanta generosidad, también viven bajo identidades falsas.

—Bueno, yo también vivo, a mi manera, en la clandestinidad. Pero ahora que escapé de mi covacha, ahora que nos hemos conocido, parece justo que sepas con quién estás tratando. El nombre es Joseph, Joseph Hortha. —Y extendió la mano.

Se la tomé, respondiendo con burlona formalidad:

—Encantado de conocerlo por fin, señor Hortha.

—Y yo, encantado de que conozcas cómo me llamo. No te sorprendas, eso sí, si sigo apareciendo como Karlson, por mu-



cho que a mi padre (esa es historia para otro día) no le guste que utilice su nombre para esconderme. Pero sí tuvo el gusto de enseñarme castellano, me lo exigía. Aprendió el idioma durante la Guerra Civil española, como miembro holandés de las Brigadas Internacionales. Yo tenía tres años cuando él cruzó los Pirineos hasta Francia después de la derrota de la República en 1939. –Hortha hizo una pausa, tragó saliva, sacudió la cabeza como para descartar un recuerdo tumultuoso–. Le escribió a mi madre desde un campo de detenidos en Francia donde internaban a los refugiados, claro que las cartas cesaron cuando los nazis, después de su victoria, lo enviaron a Mauthausen, otro campo, aunque esta vez de exterminio. Pero no murió. Había un grupo de prisioneros españoles cuyas vidas habían sido perdonadas por sus captores debido a que cumplían funciones esenciales y mi padre logró que lo pusieran en ese barracón, y fue durante esos años que perfeccionó el idioma. Así que cuando nos reunimos después de la guerra, insistió en enseñarme esa lengua que le había salvado la vida, cada noche una lección, cada mañana un examen. Y no fueron las únicas lecciones, me instruía sobre Marx y el internacionalismo proletario y también, en su momento, sobre Allende.

Se calló y me echó una mirada, probablemente aguardando algún tipo de comentario. Pero yo estaba perplejo. ¿Acaso había decidido juntarse conmigo para contarme la historia de su vida? ¿Y dónde iba con esta última digresión? Mejor, entonces, responderle con algo neutral, que no me comprometiera:

–¿Así que admiraba a Allende?

–Todo lo contrario –dijo Hortha–. Pensó que el proyecto de Allende, construir el socialismo con medios pacíficos y electorales, estaba condenado al fracaso. Sospechaba de cualquiera que, como el Chicho, no profesaba lealtad irreflexiva a Moscú, cualquiera que osara sugerir que Chile podía seguir su propio modelo en lugar de copiar el ejemplo bolchevique. Modelo propio, una estupidez, según mi papá, comunista hasta los tuétanos. A ningún revolucionario real le iban a permitir ganar una elección y si, por algún milagro, llegara a hacerlo, van a impedir que asuma el cargo. No hay que confiar en esos burgueses hijos de puta, una frase que mi padre repetía varias veces al día. Lo único que

los ricos entienden es el cañón de un fusil. Preferiblemente por el culo. En la hora decisiva, lo que cuenta son las balas y no los votos. Llegó a ser un tema de permanente discusión entre nosotros, porque en la medida que fui formándome una opinión propia, me pareció que Allende y los partidos de la Unidad Popular que lo apoyaban no sólo podían vencer en las urnas, sino que no había otro camino para los cambios, ya que la lucha armada conducía a más opresión, otro grupo de hombres dictando a las clases bajas lo que debía forjarse en su nombre. Incluso después de la revolución cubana, yo creía que el camino insurreccional no era el correcto. Porque si Allende (y bebamos por él)...

Aquí, Hortha –qué apellido tan extraño, ¿era de veras el suyo u otro seudónimo más?– levantó su copa y la tintineó con la mía y bebió un sorbito y me sonrió.

Seguía yo sin entender el porqué de esta larga divagación. Había partido con su acento español y eso había llevado a la revelación de su nombre real y de ahí a esta enrevesada reminiscencia, pero tal vez se movía en forma vaga hacia una explicación de cómo Allende le había salvado la vida dos veces. Y el que pagaba el bufet era él, y la champaña también, y con suerte dentro de poco lo convencería de que solventara los gastos del proyecto que iba a proponerle, así que hablara hasta los codos, si eso lo ponía de buen humor.

–Porque si Allende –insistió Hortha– pudiera lograr, por primera vez en la historia, una revolución que no implicara masacrar a sus adversarios, un país que alcance la justicia y la igualdad sin sacrificar la libertad, sería un modelo. Lo que le dije a mi padre, un modelo ejemplar (y enfatiqué esa palabra, ejemplar) para otros movimientos sociales a nivel global. Significaría un cambio radical porque resuelve la contradicción entre justicia y democracia que entrapa a la izquierda desde tiempos inmemoriales. Y fue así como yo, con un optimismo que contrastaba con los augurios amargos de mi padre, no perdí a Chile de vista. Pero a medida que se fue acercando el día de las elecciones de 1970 que Allende estaba a punto de ganar, yo... –y por segunda vez esa mañana algo en él flaqueó, algún remolino de dolor salió de un abismo insondable en su interior, aunque ve-

lozmente se recuperó—, bueno, digamos que no podría haber estado en peores condiciones psicológicas, dejémoslo así. Razones familiares, demasiado complicadas para... Lo que importa es que una especie de... llamémosla desesperación, se había apoderado de mí durante las semanas anteriores al 4 de septiembre de 1970, cuando me llegó la noticia de la victoria del Chicho. En Nueva York, fue en Nueva York que me enteré de que él sería el próximo presidente de Chile.

Un largo silencio.

Le dije:

—Y fue entonces que te salvó la vida.

—Sí —asintió Hortha—. Si Salvador Allende no hubiera ganado las elecciones ese día de 1970, te lo prometo, te lo juro, no estoy bromeando, bien podría haberme suicidado.

Hizo otra pausa, cerró los ojos como si tratara de recordar algo o tal vez estuviera tratando de olvidarlo, no dejó que entrara a esos inolvidables ojos suyos la luz que fluía a través de las ventanas impecables del hotel más elegante de Washington y dijo:

—El suicidio. Cuando te odias tanto, has fracasado tan drásticamente, que no puedes soportar compartir el mismo cuerpo, la misma habitación, el mismo mundo contigo mismo, que prefieres morir antes que... O el mundo, odias tanto al mundo que... —Y ahora abrió esos ojos, como si con ese gesto reviviera el modo en que había resuelto enfrentar aquella crisis de la que no quería dar detalles—. Fue justamente la victoria de la Unidad Popular la que me volvió a dar esperanza —dijo, ferviente, ya no meditativo—. Porque si un país podía acometer esta hazaña, avanzar hacia la justicia sin derramar sangre, entonces qué derecho tenía yo a desesperarme o usar la violencia, qué importaban mis tristes problemas, lo que yo...

Mientras hablaba, su voz se había llenado otra vez de emoción, en forma tan llamativa que noté, con el rabillo del ojo, que Pilar Santana se había puesto de pie y lo observaba discretamente desde un metro de distancia, como un médico que se asegura de que los primeros auxilios están disponibles para un paciente enfermo. Hortha no dio señal de que la hubiera visto, continuó con su soliloquio:

—¿Y sabes lo que hice? Además de celebrar con un buen vaso de cabernet chileno que cada predicción lúgubre de mi padre no se había cumplido, ¿sabes lo que hice? Cuando, a finales de octubre, leí que un comando de derecha financiado por la CIA había asesinado al general René Schneider, jefe de la Fuerza Aérea, ¿no es cierto?

—Comandante en Jefe del Ejército —lo corregí cortésmente—. Había jurado defender la Constitución y que Allende accediera al poder, así que lo...

—Jefe del Ejército, claro que sí. ¿Sabes lo que hice? Decidí viajar a Chile. Llegué el 4 de noviembre, justo para ver al pueblo celebrando en las calles de Santiago una nueva era en la historia humana, incluso puede que nos hubiéramos cruzado, tú y yo. Y supe esa noche en Santiago, supe que esa energía, la fe de esa gente, el prodigioso liderazgo de Salvador Allende, iban a inspirarme por el resto de mi vida, desterré toda noción de quitarme esa vida, no podía odiar un mundo donde alguien como Allende existía, no podía odiarme a mí mismo porque si los hombres y mujeres de Chile eran capaces de cambiar su destino, entonces yo también, yo también. Porque el mayor pecado, el pecado original, es ensangrentarse las manos. La propia sangre o la sangre de otra persona, no hay nada peor, créeme, que ser culpable de la muerte de otro ser humano. Y Allende lo sabía, lo sabía con tanta profundidad, con tanta constancia, que estuvo dispuesto a morir por ese ideal. Y me niego a creer que murió en vano, que quienes lo mataron van a prevalecer. En cuanto a Chile, esa noche en Santiago, ¿sabes lo que sentí? Que había nacido en el país equivocado, que la fortuna me había jugado una mala pasada al darme nacimiento en una tierra, que resultó ser Holanda, un país al que no pertenecía. De hecho, nunca he pertenecido a lugar alguno, pero tuve la certeza de que si hubiera podido elegir un hogar, Chile lo sería, Chile lo era.

Y helo ahí, el momento en que me di cuenta de que no estaba tratando con un hombre común y corriente y que esta reunión no iba a desarrollarse como tantas realizadas desde que salí de Chile. Había conocido a muchos extranjeros que, cómodos en sus hogares y sus naciones, en sus profesiones y rutinas, entrega-

ban fondos abundantes como una forma de experimentar vicariamente la emoción de resistir al fascismo. Lo hacían por amor o por solidaridad o por convicción, o porque estaban aburridos con su existencia convencional o para lavar alguna oscura culpa, entregaban ese respaldo con la esperanza de alterar la historia sin los peligros que tales alteraciones conllevan, dejando que combatientes lejanos asumieran los riesgos. Y no hay lugar para equívocos: habían sido esenciales para nuestra lucha. Si no nos hubieran abierto los brazos y vaciado los bolsillos, nunca podríamos haber derrotado a Pinochet.

Y pronto descubrí que tenía una habilidad especial para hacer que los donantes más prósperos soltaran el contenido de sus abultadas billeteras. Además de la ventaja de hablar inglés como un nativo, desde que fui niño había cultivado el don de persuadir a los adultos de que mis palabras emanaban desde los más profundos manantiales de la honestidad. Desplegué esos recursos en el exilio, sin preocuparme de que estuviera usando a quienes iba sumando a la causa, seduciendo y encantando a cada interlocutor, quizás engatusándolos un poco, explotando los resquicios de su candidez, un aprovechamiento que se justificaba por estar al servicio de hombres y mujeres que enfrentaban la muerte en forma cotidiana en Chile. Ellos, en efecto, dependían de que fuera capaz de convencer a remotos forasteros de que sus contribuciones eran indispensables para derribar al tirano. Mira, yo le decía al potencial benefactor, te estoy ofreciendo la oportunidad de cambiar la historia, afectarla, influir en ella de una manera positiva y singular, esto es algo que te hace más falta a ti que a mí, porque yo siempre voy a encontrar a alguien dispuesto a ayudar en la lucha contra una dictadura brutal, pero a ti te será difícil encontrar un pueblo como el mío, inspirado por nuestro heroico presidente, Salvador Allende, asesinado por fascistas en el cumplimiento del deber. Así que ya en 1983, después de decenas de encuentros similares, me sentía como un pez en las aguas de los magnates, siempre preparado para todas las variedades posibles de jerarcas y ricachones.

Pero nada me había preparado para alguien como Joseph Hortha. Con admiración y alivio entendí, mientras le oía hablar,

que no tendría que ejercer diversas artimañas, tácticas afinadas y perfeccionadas a través de los años, para evangelizarlo. Más bien, era factible que pudiera aprender de alguien tanto más experto que yo en hechizar a los ingenuos. Comparado con él, yo era un aficionado. Cualesquiera que fueran sus otros talentos (y detecté muchos de ellos cuando siete años más tarde finalmente compartió conmigo sus planes para el Museo del Suicidio), su éxito se basaba en una sagaz aptitud para lograr que cada persona creyera en su autoridad, desde los peces gordos con los que trataba en sus asuntos financieros hasta los seres menos significativos que se cruzaban en su camino, como el camarero, como yo, como Pilar Santana. Tenme confianza, parecía estar diciendo, tengo una solución para todo, no hay problema con que el mundo pueda sorprenderme, o imponerte a ti, que yo no sepa resolver y convertir en una oportunidad de triunfar contra la adversidad. He demostrado lo que valgo, he acumulado miles de millones de dólares, sé lo que estoy haciendo.

Ayudaba que él fuera deslumbrantemente hermoso, con la frescura encantadora de una joven en su primer baile, y de hecho había algo delicado en él a pesar de un aura viril de poder que emanaba de su fe porfiada de que era incapaz de maldad o malicia, ni siquiera la insinuación de que tanto dinero podría corromperlo, a una distancia sideral de la sospecha que me habría embargado si yo fuera tan rico, la presunción de que mi fortuna sólo era posible debido a que tantos otros habían sido explotados o heridos para que yo nadara a mis anchas por la vida acumulando toneladas de dólares, no, ese tipo de remordimiento no parecía haberle pasado por la mente. O si alguna vez había albergado aquellas dudas –¿tal vez la fuente de la desesperación que lo asaltó en 1970 antes de que Allende viniera al rescate?– claramente ya no tenían dominio sobre él.

No podríamos, por lo tanto, haber sido más disímiles. Salvo por la circunstancia aleatoria y extraña de que tenía casi milimétricamente mi estatura –un buen metro ochenta–, en todo lo demás éramos opuestos, empezando por su cabellera de color jengibre, que caía holgadamente sobre su cuello con una mezcla de pulcritud y rebeldía. Y dejaban sin aliento esos ojos tan azu-

les y transparentes –una falsa transparencia, iba a descubrir, porque escondía muchos más secretos que el seudónimo que ostentaba. Yo reconocía ese tipo de ojos rasgados, había visto cantidad en Holanda durante nuestros cuatro años de exilio en Ámsterdam, párpados noreuropeos con un dejo de algo oriental, pero en su caso hundidos muy profundamente en el cráneo, proyectando una sombra tentativa de tristeza en los flancos de las cuencas que hacía aún más llamativa la translucidez de los iris. Si Angélica me hubiera acompañado a ese primer encuentro se habría dado cuenta, como lo hizo cuando por fin lo conoció años después, de que él no había disipado realmente la congaja inquietante que alguna vez lo amenazó, que había algo bochornoso en él, algo que lo volvía quizás maldito, como si hubiera emergido de las brumas de *Cumbres Borrascosas*.

Rasgos que no pude husmear en aquel comedor lujoso del hotel Hays Adams porque Hortha era un experto en esconderse de los demás. Más tarde, cuando pasamos largas horas juntos, supe que esa estrategia de la fuga, de retroceder muy adentro de sí mismo, la había aprendido en la infancia. Y aprendido también que, si te ves obligado a salir de tu encierro hacia la mirada ajena, lo mejor era compartir en forma ostentosa la intimidad, refugiarte en el resplandor de tu propia luz excesiva.

Y yo era alguien particularmente fácil de engañar. Me incomodaba examinar a la persona que tenía al frente y definitivamente me faltaba la mirada penetrante y fija con que Angélica medía sin contemplaciones a cada persona con que se topaba para, enseguida, unos minutos después, emitir un juicio categórico y a menudo feroz y generalmente certero. Yo, en cambio, apartaba la vista casi de inmediato, temiendo importunar. O tal vez era un miedo diferente el que me acometía, que mis interlocutores adivinaran lo ansioso que estaba por invadir su privacidad, descubrir quiénes eran o podían llegar a ser, descifrar las entrañas de su misterio, el temor a que se dieran cuenta de que era un voyeur empedernido, si bien de la orden de los timoratos. Tal vez estoy siendo demasiado duro conmigo mismo. Siempre he hecho lo imposible por respetar la autonomía de mis semejantes. Un tanto exageradamente, quizás, tratando de que la

gente no se sintiera abrumada por mi entusiasmo de perrito faldero, mi afán por forzarles a subscribir mi ilusión favorita, de que todos somos hermanos y podemos confiar instintivamente el uno en el otro, no fijarse en ninguna imperfección o señal de advertencia. Además de esta ceguera persistente hacia las insuficiencias de los demás, en este caso estaba cegado por la necesidad de obtener favores de Hortha. Feliz de que me embelesara, me dejé cautivar, tan es así que ni siquiera noté hasta más tarde que Pilar había vuelto a su mesa.

—¿Y tú, Ariel, cómo la viviste, esa fecha histórica?

Sacudí la cabeza, como alguien que necesita despertar de una ensañación, lo que había estado pasando por mi cabeza mientras él divagaba sobre ese viaje a Santiago a principios de noviembre de 1970.

—¿Yo?

—Sé que trabajaste con Allende durante los mil días de la Unidad Popular, pero ¿creías en su proyecto desde el principio, fuiste un convencido, un ferviente? ¿O abrigabas dudas, como mi padre bolchevique, acerca del camino chileno al socialismo? Porque tu generación, en América Latina, sin escatimar país alguno, todos, incluido Chile, muchos de tus contemporáneos se enamoraron de la lucha armada. ¿Fue tu caso?

Él se había abierto a mí y ahora exigía reciprocidad. No tenía claro yo cuánto estaba dispuesto a revelar, si acaso una equivocación de mi parte fracturaría el vínculo que empezaba a formarse entre nosotros, y que conduciría —de eso me sentía cada vez más seguro— a que me auxiliara en el proyecto para el cual había solicitado esta reunión. Por ahí, me estaba poniendo a prueba con esas preguntas sobre la vía armada, acreditando si yo era digno de su confianza, de su dinero, tal vez de su amistad, establecer si yo estaba de su parte en esa disputa con su padre.

—¿Dudas? Ni una —respondí con una certeza que estaba lejos de sentir—. Fui allendista desde la adolescencia. Tenía dieciséis años cuando me uní a su campaña presidencial de 1958, bueno, unirme es una exageración —agregué, haciendo una muestra de mi devoción a la veracidad—. Yo había llegado a Chile cuatro años antes, un niño que había nacido en Buenos Aires, emigró a



los dos años y medio a Estados Unidos porque mi padre, tan bolchevique y testarudo como se me ocurre es el tuyo, o era el tuyo, porque...

–Es –dijo Hortha–. Sigue sumamente vivo, mi papá, y más obstinado que nunca.

–Bueno, algo más que nos une: padres con convicciones parecidas. Convicciones que determinaron su vida y la mía. Tuvo que huir del ejército fascista argentino, yo lo seguí con mi mamá un año más tarde a Estados Unidos donde pensé que pasaría el resto de la existencia. Pero sobrevino la persecución de Joe McCarthy, realmente McCarren, dedicado a acosar a cualquier funcionario de la ONU con simpatías de izquierda. –De nuevo, ese ajuste mínimo, McCarren, no McCarthy, otro guiño a mi franqueza–. En Santiago fui a The Grange, una selecta escuela británica para chilenos extremadamente pudientes. Mis padres, pese a sus inclinaciones políticas, no se opusieron, entendían que necesitaba preservar y perfeccionar mi inglés (ya quería ser escritor), pero claro que desentonaba en aquel ambiente aristocrático, con mis orígenes socialistas, el único de mi clase que, en un debate, defendió a Allende contra los candidatos a su derecha.

–¿Así que te limitaste a eso, un discurso, en 1958?

–Oh, no, esa ardiente intervención se prolongó en trabajo voluntario en las poblaciones, dando clases de alfabetización y cavando zanjas para evitar los aluviones de invierno. Como estudiante de secundaria tenía límites sobre cuánto podía hacer, pero ya para las elecciones de 1964, estaba en la universidad y me lancé con todo, presidente de los estudiantes independientes por Allende, amigo de sus hijas Tati e Isabel, al punto que mi futura esposa y yo pasamos las noches antes de la elección en la casa de Chicho... –Aquí hice una pausa para permitir que Hortha comprendiera que yo no era un advenedizo, me había ganado el derecho a llamarlo Chicho, tenía acceso privilegiado a su héroe–. Fue para compilar listas de ciudadanos que se habían mudado desde que se registraron para votar y necesitaban fondos para viajar a sus recintos electorales. Y en 1970 me involucré más, terminé en La Moneda durante los últimos meses de

la presidencia. Respondiendo, entonces, a tu pregunta, sí, yo era un verdadero creyente.

Todo lo que le había contado era cierto. Salvo que había omitido asuntos más complejos, una trayectoria tejida más con zigzagues y matices que exhibiendo una línea recta inquebrantable, no había mencionado mi apoyo a los revolucionarios que se situaban a la extrema izquierda de Allende. Un sustento que duró sólo unos meses, porque pronto me había convertido en un fanático de la vía chilena al socialismo, un converso a la causa por la que Hortha mostraba tanto entusiasmo.

En retrospectiva, reconozco que pude haber respondido a sus preguntas en esa opulenta sala de desayunos con mayor sinceridad, decirle, por ejemplo: «Oh, tenía algunas dudas. Muchos jóvenes en Chile las tuvieron, dominados por una idea romántica de la revolución, obsesionados con un ideal de martirio y machismo, los guerrilleros que se iban a luchar y morir a los cerros o jugando a Robin Hood en los barrios pobres. Pero Allende me sacó de esa quimera. Gracias a él, no tardé mucho en ver la luz».

Instintivamente, decidí no compartir esa información con Hortha, intuía que eso podía haberlo llevado a interrogarme sobre aquella conversión, y de ahí a una maraña de detalles y enredos políticos que difícilmente entendería un extranjero como él, distrayéndolo de que conversáramos sobre mi proyecto. No podía saber que, al callar mi romance provisional con la lucha armada que su padre tenía en tan alta estima, estaba yo fijando el rumbo de nuestra relación, preparando el terreno para más engaños cuando, siete años después, me pidió que resolviera el enigma de la muerte de Allende y localizara a un testigo ocular de sus últimos momentos en esta Tierra.

No tenía, por supuesto, la más mínima premonición de esa muerte cuando Angélica y yo —con nuestro joven hijo Rodrigo— retornamos a Chile en 1969 después de un año y medio en la Universidad de California en Berkeley. Había aceptado esa beca para completar un libro sobre la novela latinoamericana pero no tardamos en sumergirnos enardecidamente en el movimiento hippy y antiguerra de Vietnam, un ardor que nos siguió quemando el cuerpo y la imaginación al regresar a nuestra tierra

oprimida, proclamando la necesidad de una revolución total que rompiera drásticamente con las ataduras del pasado. Lo que nos llevó a preguntarnos si nuestra era no requería algo más urgente que el lento intento de Allende de conquistar la presidencia por la aburrida vía de las urnas —su cuarta tentativa desde 1952—, justo cuando la vía armada, a pesar de la debacle del Che Guevara en Bolivia en octubre de 1967, explotaba cada día con mayor efervescencia en todo el continente.

¿Cómo contarle esto a Hortha? ¿Cómo contarle que había adoptado yo una actitud expectante, sin comprometerme con uno u otro lado de esta división en el campo revolucionario y que hubiera seguido así por quién sabe cuánto tiempo, si un visitante de nuestro pasado no nos hubiese empujado a una colaboración de cinco meses con el MIR, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, fundado por los hermanos Enríquez, Miguel y Edgardo? En efecto, un domingo a fines de 1969, María Elena Arancibia, la hermana menor de un compañero mío de la secundaria, se presentó sin previo aviso en nuestra casa. Nena (como la llamábamos) mostraba su espíritu libre y montaraz en fiestas, picnics, excursiones a la playa, quitándose los zapatos y levantándose las faldas mientras bailaba para el deleite de nuestra lujuriosa pandilla de adolescentes. Angélica y yo no la habíamos visto hacía unos buenos años, desde su matrimonio con Nacho Saavedra que ya era, para ese entonces, un miembro del alto mando del MIR.

No tardó Nena en revelar la razón para su repentina reaparición en nuestra vida. ¿Era cierto, preguntó, que no teníamos una empleada doméstica puertas adentro?

En efecto, habíamos concluido ya en California que nuestra liberación personal no podía edificarse sobre la explotación de otro ser humano. Y, además, la ausencia de una sirvienta me permitía deambular desnudo por nuestra casa, una manera más de imaginarme de vuelta en las colinas de Berkeley explorando los placeres a que aspira todo cuerpo emancipado. Para Nena, en cambio, la falta de ayuda doméstica significaba algo diferente: convertía ese hogar en un lugar seguro, sin una sirvienta poco fiable que pudiera informar o chismorrear sobre lo que sucedía

detrás de sus paredes. ¿Estábamos abiertos a la posibilidad de que nuestra residencia fuera utilizada por los líderes clandestinos de la Izquierda Revolucionaria para reunirse en secreto con sus esposas o amantes o simplemente con su familia durante algunos fines de semana? No se trataba tan sólo de una manera de apoyar la inminente revolución que se venía, sino que también un acto de compasión, darles refugio a las familias que tanto habían sacrificado por la causa. Mencionó que Luly García, una amiga que había estudiado literatura conmigo en la universidad, no había visto a su esposo, Tito Sotomayor, en varios meses.

La propuesta de Nena conllevaba riesgos significativos. El MIR había entrado en abierta rebelión contra el gobierno reformista demócrata cristiano de Eduardo Frei, llevando a cabo una serie de espectaculares operaciones armadas, robando bancos y supermercados y depósitos de armas y logrando audazmente escapar de la policía de manera cinematográfica. Entre esos rebeldes clandestinos, además de Nena y Nacho, Tito y Luly, estaban otros miristas notorios, como Edgardo Enríquez y Abel Balmaceda, a los que también nos unían lazos de cariño.

¡Abel Balmaceda! Hace tempranamente su ineludible aparición en esta crónica, puesto que me iba a proveer, en el futuro, con una pista clave para mi informe final sobre la muerte de Allende y ahí sí que le revelé a Hortha mi relación con ese compañero de sociología con que estudiaba durante tardes enteras. Pero en ese encuentro en el hotel Hays Adams no tenía sentido hablarle de Abel, contarle, por ejemplo, que tenía una gran deuda con él.

Porque me había salvado varias veces de ser golpeado o arrastrado a un carro de policía durante las peleas callejeras que por entonces los estudiantes librábamos día tras día con los pacos. La combatividad de Abel contrastaba con mi renuencia a lastimar a nadie, incluso a un carabinero que molía a palos a algún compañero indefenso. Abel, por cierto, nunca me permitió alabar su intrepidez. «Esto no es nada –solía decir–. Si quieres un ejemplo de valentía, tienes que conocer a mi hermano gemelo, Adrián. No sé por qué está estudiando medicina, si es más ducho en sacarles la cresta a los pacos que en curar las heri-

das de sus pacientes. Si te juntas con él, a ver si le cuentas que no me eché atrás en la lucha callejera.»

Cuando me junté con ese mítico Adrián varias décadas más tarde, no fue para contarle nada por el estilo, sino para que me salvara de algo más terrible e insidioso que los bastones de unos cuantos policías. Pero en esa época, Abel no alcanzó a presentármelo. Empezamos a vernos menos en cuanto yo me fui concentrando en mis clases de literatura y él en sus estudios de sociología. Al que sí me introdujo, antes de que nos alejáramos, fue a Edgardo Enríquez, con quien organicé un seminario sobre marxismo al que asistían los miércoles algunos jóvenes activistas. Jamás anticipé, durante esas sesiones, que Edgardo —quien, por alguna razón insondable, había adquirido el apodo de El Pollo— llegaría a ser, dentro de unos años, un líder del MIR, aunque nunca tan prominente como su carismático hermano menor Miguel, secretario general del partido. Y ahora tanto Edgardo como Miguel estaban prófugos, junto a Abel Balmaceda, Nacho Saavedra y Tito Sotomayor, todos ellos acosados porque deseaban crear «una vida digna para todos».

Necesitaban amparo y se lo dimos.

Algunos de los fines de semana en que ocupaban nuestra casa los pasábamos con mis padres, que vivían a doce cuadras de distancia, mientras que en otras ocasiones nos quedábamos en la calle Vaticano, coincidiendo con nuestros invitados y su guardaespaldas que no era ni más ni menos que Abel. Un placer, ya que pudimos entretenernos durante horas jugando ajedrez y repitiendo nuestras viejas discusiones sobre el socialismo. Encorvados sobre el tablero, riñendo amablemente y apuntando el uno al otro con dedos exasperados, como si fuéramos espada-chines pueriles, parecíamos hermanos, según Angélica. Y era cierto que nuestros cuerpos tenían la misma contextura, pelo castaño también similar, narices protuberantes y carnosas, caras angulares, ojos de color verde, y gafas gruesas. Pero cada vez más distantes ideológicamente, cada vez un abismo mayor entre Abel y yo. En la medida de que una victoria de Allende se hacía más viable, iba sintiendo yo que los líderes de la Izquierda Revolucionaria no sintonizaban bien con la realidad del país,

eran demasiado arrogantes y demasiado ansiosos por imitar experiencias lejanas en vez de aprender de nuestra propia historia nacional de lucha.

Hortha no había vivido esos vericuetos míos. Desde el principio había criticado las posiciones ortodoxas de su padre. ¿Cómo explicarle algo tan complejo como mi lenta y enrevesada evolución política?

¿Cómo explicárselo a Nena? Ni siquiera lo intenté.

Ni tampoco las razones puntuales e inmediatas que nos ofreció su marido para que finalmente decidiéramos discontinuar nuestra colaboración: un sábado, Nacho había llegado a pasar la noche con Nena en la habitación de nuestro hijo Rodrigo, desocupada expresamente para ese fin. Como de costumbre, traía un maletín de médico donde presumiblemente había un estetoscopio, pastillas, vendas, para casos de emergencia –pero cuando Angélica preguntó por el contenido, Nacho entreabrió esa bolsa negra con una mirada conspirativa, casi traviesa, y reveló que su propósito no era exactamente medicinal. Adentro divisamos una bomba casera, con la que, dijo, se defendería si llegaba la policía, incluso si eso significaba su propia inmólación.

–Basta –me susurró Angélica esa noche, mientras conversábamos cobijados bajo las sábanas de nuestra cama, no muy lejos de donde Nacho y Nena debían estar febrilmente compensando por semanas de separación forzada, y estuve de acuerdo, era irresponsable seguir poniendo en peligro de esta manera nuestras vidas, especialmente la vida de nuestro hijo.

Un cambio en nuestra propia situación facilitó el modo en que le planteamos a Nena no continuar con este arreglo. Durante el último mes habíamos llegado pausadamente a la conclusión de que era, después de todo, indispensable contar con una sirvienta puertas adentro. A pesar de los sueños igualitarios que nos animaban, era imposible disfrutar del estilo de vida que se esperaba de gente como nosotros sin una empleada doméstica, alguien que hiciera las tareas del hogar mientras estábamos ganándonos el sustento, alguien que preparara el almuerzo o algunos tentempiés para la manada de amigos y colegas que desembarcaban en casa a las horas más imprevistas e

insólitas, pero sobre todo hacía falta una mujer que cuidara a Rodrigo cuando asistíamos a fiestas y reuniones políticas. Y era cada vez más complicado llevarlo a la rastra, incomodando a compañeros y amigos en cuyos ojos se podían leer los reproches que sus labios callaban, se suponía que a horas tan profanas los niños debían estar durmiendo plácidamente en sus camas en vez de peregrinar por el mundo. Y el hecho de que la casa ya no era segura constituía un pretexto providencial para terminar esa relación peligrosa con el MIR sin poner en duda nuestro arrojo revolucionario o revelarles que habíamos cambiado de perspectiva política, que pensábamos que no se necesitaban bombas en maletines ni una guerra de guerrillas para crear justicia y dignidad para todos.

Aunque el hecho de que no le planteáramos esto en forma abierta a nuestros amigos implica que todavía no estábamos enteramente seguros del camino a seguir.

En todo caso, el proceso que Allende inauguró con su victoria aquel 4 de septiembre de 1970 barrió de mi alma cualquier duda, hizo superflua una introspección que me hubiera paralizado en un momento cuando todas las energías debían dedicarse a responder al desafío inédito de refundar un país sin contar, como en revoluciones anteriores, con todas las palancas del poder.

Me alegré de que Abel también hubiera sufrido una conversión parecida. O eso pensé cuando lo vislumbré estacionado en un automóvil a unos metros de nuestra casa en la calle Vaticano. Fue hacia mediados de octubre de 1970, unas semanas antes de que Allende asumiera la presidencia. No quise molestar a Abel, suponía que estaba allí vigilando una residencia cercana donde Allende se quedaba de vez en cuando en forma encubierta. Un alivio de que mi querido amigo tan aficionado a la lucha callejera, en vez de andar por la ciudad robando bancos y agarrándose a tiros con la policía, había elegido poner sus considerables dotes marciales al servicio de la vía chilena al socialismo. Un alivio que no se hubiera perdido en el laberinto de la violencia.

A otros en el MIR no les fue tan bien. A Miguel Enríquez lo asesinaron un año después del golpe, en una operación de la

misma policía secreta de Pinochet que también ejecutaría o haría desaparecer a muchos de sus compañeros, entre ellos, a Edgardo Enríquez.

El destino que quizás me hubiera esperado de haber seguido colaborando con el MIR. En vez de ello, ahí me encontraba diez años después del golpe, todavía llorando sus muertes, ensombrecido por la intuición de que se habían sacrificado por una causa sin posibilidades de éxito, heme ahí en el exilio, sentado frente a un extranjero que nunca entendería mi vida o mi historia. Si hubiera sabido que Hortha iba a transformarse en algo así como mi doble o, usando las palabras, *mon semblable, mon frère*, con que Baudelaire se dirigió al lector de su poesía, si hubiera adivinado que Hortha terminaría siendo como un hermano...

Pero él no me confió su historia íntima en esa ocasión y, por mi parte, yo resguardé y escondí mi pasado. En aquel lujoso hotel, mientras trataba de evitar sus ojos penetrantes, era imposible que hubiera pronosticado la fraternidad que íbamos a alcanzar, de qué manera drástica la investigación que eventualmente me encargaría iba a terminar alterando completamente su existencia y la mía.

Tenía la mente ocupada en otras cosas, otras necesidades.

Los mendigos no pueden darse el lujo de contar la verdad sobre sí mismos.